

Papa tenía una importancia que traspasaba las fronteras del territorio veneciano. Con ella se reproducía la lucha de la Edad media, en que se combatía por el poder independiente y por la igualdad jurídica del Estado respecto de la Iglesia, que se consideraba como el poder supremo y más digno y, por tanto, como el más preponderante. Los puntos aislados de combate no eran más que síntomas de las distintas opiniones terrenales: la una que consideraba al Estado como subordinado e indigno siervo de la Iglesia, única autorizada por Dios; y la moderna que, en oposición a aquellas ideas de la Edad media, veía en el Estado la reunión de todos los factores materiales y morales de la vida del pueblo y le concedía, en su consecuencia, el poder supremo sobre todas las clases de la sociedad, así sobre los sacerdotes como sobre los seglares. Esta última opinión era por sí misma la más poderosa, no obstante lo cual, múltiples complicaciones políticas se opusieron a la victoria de los venecianos. En la gran oposición en que se encontraban los dos principales Estados de la cristiandad, respecto de los asuntos de Italia, una cuestión italiana de tal importancia debía ejercer gran influencia en sus mutuas relaciones y, por tanto, en la situación general de Europa.

España, que odiaba efectivamente a aquella República, porque era el único Estado independiente que había en la península italiana, esperaba, bajo el pretexto de los intereses de la Iglesia y con el auxilio del Papa, poder humillarla y debilitarla y ocasionar con ello una terrible derrota a Francia, antigua aliada de Venecia, pues, ¿cómo podía atreverse Enrique IV a amparar a la excomulgada poniéndose en pugna con la Santa Sede? Los españoles, en vista de todo esto, excitaron al Papa a que se dirigiera en son de guerra contra Venecia, le ofrecieron su apoyo, llamaron los contingentes de sus aliados y comenzaron a hacer grandes aprestos de guerra.

La situación del monarca francés era en extremo difícil, pero en aquella ocasión dió muestras de prudencia y habilidad admirables. Mientras por todo el orbe católico resonaba el fragor de las armas; mientras el Papa y Venecia se hacían sordos a todas las amonestaciones o imploraban el auxilio de Enrique, este se mantuvo quieto, contestó a todos con buenas palabras y se ofreció como benévolo mediador entre ambas potencias. La codicia de los españoles, que exigían del Papa, a cambio de su auxilio, la evacuación de algunas importantes fortalezas, vino a favorecer al monarca francés. Paulo desesperaba cada vez más del resultado definitivo de la lucha, sobre todo al ver que Venecia reclutaba considerables masas de soldados y que Inglaterra y Holanda le ofrecían su apoyo. Por fin Venecia, aconsejada por fray Pablo Sarpi, amenazó con pasarse al protestantismo, el cual hacía entonces grandes progresos en la ciudad de las lagunas. Por todas estas razones, Paulo V no encontró otro medio de salvación sino aceptar la mediación de los franceses.

El cardenal Joyeuse, delegado del rey, pudo, después de grandes esfuerzos, terminar, en abril de 1607, la obra de la paz. Los reyes de España y Francia, en nombre propio y en el de la República, pidieron al Papa que alzara las censuras eclesiásticas que sobre Venecia pesaban. Los dos sacerdotes presos, que habían sido causa primera de la lucha, fueron puestos a disposición de S. M. Cristianísima, que podía a su vez entregarlos al Papa, sin que esto sirviera de precedente para lo sucesivo. Una vez levantadas las censuras, debían los venecianos enviar un embajador a Roma, con la condición de que sería recibido como antiguamente. Las órdenes religiosas, expulsadas de Venecia, pudieron, en determinadas circunstancias, ser nuevamente admitidas en el territorio veneciano, a excepción de los jesuitas, que se habían mostrado excesivamente insolentes contra la autoridad temporal.

Las concesiones que hizo Venecia eran temporales y solo servían para disfrazar diplomáticamente la derrota completa del pontificado; en efecto, todas las pretensiones de Paulo quedaron tácitamente desatendidas y las leyes venecianas que él había combatido quedaron subsistentes. En la misma corte imperial de Praga se decía que «ó el Papa al romper con los venecianos había tenido exigencias exageradas ó había hecho concesiones inauditas al determinar las condiciones de la paz.»

El pontificado no podía en manera alguna felicitarse del resultado de esta lucha; en efecto, ¿en qué habían venido a parar los sueños de dominación universal que había podido acariciar por algún tiempo un Sixto V? El papado se veía obligado a tratar con una pequeña república católica, como si fuera su igual, y no se había mostrado a la altura de su posición, ya que desde aquel punto se presentaba como una de las pequeñas potencias de Europa, sin influencia alguna en la historia del mundo. La humillación que el pontificado sufrió a consecuencia de esta lucha, fué de gran trascendencia, pues desde aquel momento no solo no pudo amenazar a un Estado con el entredicho, sino que desde entonces data la insignificancia relativa en que gradualmente fué hundiéndose, hasta que vino la reacción que, a principios de nuestro siglo, siguió a la Revolución francesa, insignificancia que se mostró bien claramente en la guerra religiosa de treinta años.

Enrique IV fué considerado como el verdadero vencedor: España había impuesto en vano nuevos sacrificios de algunos millones a su agobiado tesoro; en vano había echado mano de todas sus fuerzas diplomáticas; el fracaso de todos sus esfuerzos no había hecho más que aumentar el buen éxito de la mediación de Enrique, que había sabido, con más tacto y prudencia que el gobierno español, conservar el sosiego de la cristiandad. La consideración de que ya gozaba el monarca francés a los ojos de Europa, se aumentó considerablemente con este triunfo.

Enrique supo robustecer cada vez más el partido que tenía en Italia, de suerte que además de Venecia y de Saboya se pasaron al bando de Francia, Mantua, Toscana y todos los demás grandes Estados de la península, a lo cual contribuyó poderosamente el arbitrario capricho con que España procedía en la península de los Apeninos. España obligó a los grisonos a romper su alianza con Francia y Venecia, robándoles todos los granos que se les enviaban y cubriendo de fortalezas los valles confederados; escogió para los príncipes italianos las esposas que debían dar a sus hijos; en plena paz y bajo ridículos pretextos, ocupó los territorios italianos cuya situación le era favorable; obligó a los pequeños duques del centro de Italia a reconocerse vasallos suyos, y hasta intentó, antes de Luis XIV, organizar tribunales federales en Milan, en perjuicio de los Estados italianos. No es pues de extrañar que ante tal conducta los soberanos italianos que podían hacerlo, solicitasen el auxilio de Francia. Los mismos confederados, seducidos por el oro francés, cambiaron de opiniones y se hicieron decididos adversarios de España, la cual no contaba ya con bastantes medios de fuerza para sostener sus fanfarronadas, su insolencia y sus violaciones de derecho.

El sucesor de Felipe II era un soberano sin voluntad y sin criterio propios. «Su Majestad, decía poco respetuosamente un cronista veneciano, quiere vivir sin cuidados.» Los placeres de la mesa le ocupaban buena parte del tiempo; entregábase también a la caza, viajaba mucho y jugaba todas las tardes y noches a los naipes, para arrojar de sí los fantasmas del aburrimiento. Este príncipe era devoto hasta la mogigatería, fiel a su esposa, Margarita de Steier, y

sumamente bondadoso. Fácilmente concedía audiencias y escuchaba benigno lo que se le decía y contestaba en voz baja y con cierta perplejidad algunas palabras impregnadas de benevolencia. Pero confiaba todos los negocios públicos a su favorito el marqués de Denia, a quien nombró duque de Lerma.

Este era señor absoluto del Estado español; de él podía decirse que hacía los cardenales, que concedía los honores y que distribuía las rentas temporales y eclesiásticas como mejor le cuadraba, absorbiendo toda la soberanía. Él resolvía todos los asuntos importantes del Estado y solo de los de escasa importancia daba cuenta al Consejo de Estado, cuyas atribuciones usurpó. El rey daba a la firma del de Lerma la misma validez que a la suya propia, caso único en las páginas de la historia de los pueblos de Occidente.

Sin embargo, el duque no solo era ignorante y de escaso talento; no solo carecía de firmes convicciones y de meditados planes, sino que además era desleal y saqueaba por todos los medios posibles al empobrecido Estado, cuya sangre manaba por tantas y tan graves heridas. Aquel hombre, en quien el monarca había puesto toda su confianza, se portó como un administrador ambicioso y rapaz. Pobre era en 1598, cuando se encargó de la dirección del Estado, y a los trece años poseía una renta de 700,000 escudos anuales, sin contar con las preciosidades, muebles y guardarropa que poseía y que eran estimados en 6 millones de ducados. Todas estas riquezas habían sido robadas al pobre pueblo, cuya miseria aumentaba de día en día, y cuando a consecuencia de tales saqueos, no quedó en el Tesoro público dinero alguno, se dedicaron él y su hechura a prestar cantidades, naturalmente con nombres supuestos y a intereses usurarios. El conde de Villamediana le llamó en una sátira «el mayor ladrón de España (1).» De sus rapiñas entregaba algo a la Iglesia, a la cual favorecía en alto grado, mirando a su salvación terrenal y eterna. Durante su dominación, las rentas del clero español alcanzaban la cifra de 8 millones de ducados, ó sean 88 millones de reales, anuales (2). Colmó de riqueza y honores a los individuos de su familia y a sus aduladores: de estos, ninguno más predilecto que Pedro Franqueza, hijo de un esclavo manumitido, adicto servilmente a su señor, en extremo astuto y sumamente ambicioso, el cual con rapidez suma pasó por todos los honores hasta que últimamente fué nombrado conde de Villalonga. Un embajador describe a Franqueza en los siguientes términos: Rudo y áspero por naturaleza, lo encontramos en sociedad cortés y afable; el sobornarle no era un atrevimiento, sino un deber, y para este objeto le servían también su mujer y sus hijos, los cuales tendían de buen grado la mano, y a los cuales imitaban también sus criados, empleados y porteros, pues todos querían obtener algo.» Franqueza era tan ignorante en historia y en la ciencia política como su señor, y como éste eternizaba la resolución de los asuntos. ¡Tal era el gobierno de España! ¡En tales manos se encontraban los destinos de esta nación! El espíritu de pereza y de egoísmo estaba encarnado en todos sus servidores é instrumentos.

En vano las contribuciones habían alcanzado en Castilla y en Italia una cifra exorbitante; de las posesiones europeas, a excepción de la Flandes y del Franco Condado, sacaba anualmente la corona 21,300,000 ducados y la América producía por término medio, 3 millones y medio de ducados, de suerte que el rey contaba anualmente con un ingreso de 25 millones de ducados; pero a pesar de esto, el sostenimiento del ejército y de la armada, la guerra de los Países

Bajos, los intereses y amortización de una deuda que se elevaba a 100 millones de ducados, las cuantiosas sumas que costaba el mantenimiento de la corte y los fraudes de los empleados, hacían que la Hacienda española, por efecto del desorden y de la falta de plan y de sistema que en la administración reinaba, se viniese abajo y corriese, precipitada, a una lamentable y desesperada ruina. «A mi modo de ver, decía el embajador imperial Khevenhiller, España no se encuentra actualmente en estado de sostener una guerra.» Los soldados, a quienes no se pagaban los haberes, se amotinaban; en la primavera de 1608, los funcionarios reales hacían diez y ocho meses que no habían percibido sus pagas y no tenían esperanza de percibir las, miseria que contrastaba con las enormes sumas dilapidadas entre los favoritos. En tal apuro, el gobierno acudió a los medios más extraños para allegar recursos; mendigó entre sus súbditos, vendió el perdón de delitos civiles y religiosos, falsificó moneda y en 1607 hizo una nueva bancarota del Estado. A pesar de todo, reinaba la miseria en todas partes, de modo que el menor contratiempo, el retardo, por ejemplo, de la flota que venía de América cargada de plata, debía ocasionar apuros sin cuento.

Fácilmente se comprenderá cuán funesta influencia había de ejercer esta situación económica y las exorbitantes contribuciones, repartidas sin orden alguno, en el bienestar del pueblo: las quejas acerca de la miseria que este sufría llenaban las páginas de las obras de los más leales escritores españoles de aquel tiempo. Mientras el Estado español acosaba con sus excesivas exigencias a sus vasallos, no podía cumplir su principal y más fácil misión, cual era asegurar a sus ciudadanos contra los enemigos interiores y exteriores. Por doquier hormigueaban los ladrones y bandoleros, que unidos en cuadrillas de diez y de veinte hombres saqueaban las caravanas y amenazaban a las mismas ciudades: la opinión pública de las clases bajas les era favorable, como lo demuestran innumerables baladas (3). Las comarcas costaneras, de España y de Italia, eran anualmente saqueadas por los ingleses, holandeses y berberiscos sin que la escuadra española pudiera proporcionarles defensa alguna. Los perjuicios que al comercio español ocasionaban los corsarios, eran incalculables. Con igual indiferencia se atendía al mejoramiento de los caminos y puentes, que se encontraban en un estado lamentable, y al encauzamiento de los ríos, que se iban visiblemente cegando por la arena. La agricultura, la industria y el comercio pasaban por una situación deplorable; la importación ascendía a 40 millones de ducados, mientras que la exportación no pasaba de 20 millones; ¿de qué, pues, aprovechaba el oro de América? Con tan desfavorable balanza mercantil empobreciase el país con vertiginosa rapidez y a consecuencia de la escasez de producción, de lo exorbitante de las contribuciones y de la constante tutela del Estado, los artículos, aun los de primera necesidad, alcanzaban un precio extraordinariamente elevado; y de aquí el encarecimiento general de los productos, el hambre, la miseria y las enfermedades, todo junto al lujo desmedido de las clases elevadas. La población, que al final del reinado de Felipe II alcanzaba la cifra de ocho millones, decayó rápidamente, hasta el punto de que a fines del reinado de su sucesor solo llegaba a seis millones (4).

Entre las causas de esta decadencia de la población, se contaba también el ejército, que no fué reducido en tiempo de Felipe III y que conservando su fuerte organismo era el mejor apoyo de la decadente monarquía española. Todavía no había ningún Estado de Europa que tuviese un ejército

(1) Churton: *Góngora* (Londres, 1862), II, 287.

(2) Sempere: *Consideraciones sobre la monarquía española*, II (Darmstadt, 1829), 10.

(3) Churton: *Góngora*, I, 66.

(4) En 1619. Moncada: *Restauración política de España*.



permanente tan formidable como el de España. En punto á la milicia, todo estaba perfectamente dispuesto en esta nacion: organizacion, disciplina, vestuario, tribunales y armamento, solo que la falta de dinero ejercia sensible influencia en todo ello. El soldado español era el mas valiente y mas experto de todos los de Europa y sus compatriotas le tenían en gran consideracion, hasta el punto de que á sus oficiales se les acostumbraba á llamar «señores soldados.»

A pesar de la rápida decadencia de España, el pueblo español se consideraba el primero del mundo, fundándose en la fama guerrera que por espacio de un siglo se había conquistado sobre todas las naciones europeas y en la devoción católica, en que nadie les había aventajado. Muchos escritores españoles habían publicado, al comenzar el siglo xvii, extensas obras llenas de erudición para probar que los españoles marchaban al frente de la humanidad y que ya en la antigüedad lo habían así previsto los escritores sagrados y profanos. El doctor Jacobo Valdés, consejero de la real Audiencia de Granada, publicó, en 1602, un libro en el cual se probaba que el rey de España era el monarca mas noble y elevado de la cristiandad y que, si las cosas hubiesen acontecido conforme á justicia, debía haber ejercido la soberanía sobre Francia.

El carácter de los españoles de aquel tiempo, orgulloso, sombrío y novelesco, que á menudo llegaba al fanatismo, al apasionamiento y á la piadosa devoción, se nos manifiesta tambien en el arte y en la literatura, presentándose así en los cuadros de la escuela de Madrid y de Sevilla como en las imponentes y sombrías moles del Escorial, cuya colosal y compleja construcción tiene por objeto imitar las parrillas en que fué martirizado San Lorenzo. Un genio como Lope de Vega manifiesta un odio cruel é implacable contra los herejes, que disgusta profundamente á cualquiera que lo lea. Un talento como el de Tirso de Molina, contemporáneo de Lope, antepone la fe ciega y sin mérito alguno á la pureza de costumbres y á la nobleza de alma.

Lo que vemos en las clases elevadas acontecia tambien en la vida del pueblo. Junto á las representaciones teatrales encontramos los brillantes y caballerescos torneos, que subsistieron mucho tiempo en España y que reunían al pueblo, lo propio que las corridas de toros, y sobre todo los autos de fe. La gente se apiñaba para ver ahorcar y quemar á esos infelices, y nada irritó tanto á esa fanática muchedumbre como el que de repente se les privara de tan bárbaro espectáculo (1).

Este salvaje fanatismo, esta cruel intolerancia del pueblo español, favorecidos por un gobierno ciego, fué causa de un acontecimiento que señaló el reinado de Felipe III como el mas funesto de todos los de la península, por haber inferido al bienestar del pueblo una herida terrible que aun hoy dia no se ha cicatrizado. Tal fué la expulsión de los moriscos.

Después de haber sido sofocados los levantamientos de los moriscos de Granada, ocurridos en 1570 y 1571, los infelices descendientes de los señores del país vieron aumentarse en rigor é intensidad la opresión que sobre ellos se ejercía. Además de las violencias morales y religiosas, pesaban sobre ellos las elevadas cargas del Estado, de la Iglesia y del ejército. En el reino de Valencia, de las prestaciones de los moriscos vivían la mayor parte de la nobleza, de los

(1) Ya hemos dicho que en los autos de fe no se ahorcaba ni quemaba en el sitio en que se celebraban, sino en otro apartado y generalmente fuera de la población. A los autos de fe, reducidos á la lectura de los procesos y sentencias y á las abjuraciones, asistían la corte, la nobleza y el pueblo; pero á presenciar el suplicio de la horca ó del fuego solo asistía la clase de gente que hoy, todavía, por desgracia, y mas aun en el extranjero que en España, asiste á las ejecuciones capitales.  
(N. del T.)

conventos, de los presbíteros y cabildos catedrales. Las contribuciones que los moriscos pagaban ascendían anualmente á muchos millones de ducados.

No es, pues, de extrañar que la mayoría de los moriscos sintiesen odio contra sus opresores y devoción á las creencias de sus antepasados. Cristianos en apariencia, eran mahometanos de corazón y en el interior de sus casas verificaban las ceremonias de la religion de Mahoma. Todas las misivas, todas las tentativas de conversión eran infructuosas; el lenguaje que con ellos se usaba no era el árabe, sino el castellano, que la mayor parte de ellos no entendían (2).

De esta suerte se fué formando entre el clero un partido fuerte que solo en el exterminio ó en la expulsión de los moriscos veía el medio de conservar la unidad religiosa de la península. Al frente de este partido se encontraba uno de los prelados mas sabios y considerados, D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquia, hombre sumamente fanático que atribuía todos los males que de algunos años á aquella parte afligían á España á que esta no procedía de un modo bastante católico. Sin embargo este prelado y su partido se encontraron con la viva oposición del bondadoso Clemente VIII, con la de la nobleza, que no quería perder sus cuantiosas rentas, y con la del mismo rey Felipe III, á quien muchos aconsejaban que se tratara cristianamente á los moriscos porque estos se hicieran cristianos.

El partido fanático, sin embargo, supo proceder con tanta habilidad y obstinación como falta de escrúpulo en la elección de medios. Publicó juicios eclesiásticos contra los moriscos, hizo investigaciones que, al parecer, demostraban la existencia de crímenes y conjuraciones, y organizó apariciones sorprendentes y algunos milagros que llenaran al bajo pueblo de ciego fanatismo contra los cristianos nuevos. La excisión entre estos y los cristianos viejos tomó mayores proporciones y la enemistad entre unos y otros llegó á un punto tal que lo que el rey, los ministros, el clero, la nobleza y el pueblo habían rechazado poco antes, se impuso á todos como una necesidad apremiante.

En definitiva, el duque de Lerma, estrechamente aliado con el partido religioso, decidió la expulsión de los moriscos, siéndole fácil obtener para ello el consentimiento del débil monarca y el de Paulo V. En diciembre se anunció el decreto de expulsión, primero á los moriscos valencianos y poco á poco á los de todas las demás provincias, permitiéndoles sacar de España solo lo que consigo pudieran llevar y poniéndose á su disposición buques y transportes que los condujeran á Berbería. Pronto, sin embargo, se tuvo noticia de que los capitanes y las tripulaciones de los buques habían cometido crueles tropelías contra los indefensos moriscos que les habían sido confiados; de aquí que los que se encontraban todavía en la península se sublevaran en una sierra agreste que separa las comarcas costaneras de Valencia de las de Murcia. Mas al poco tiempo fueron naturalmente vencidos por las tropas y milicias y muertos á millares.

Entonces se sometieron los demás, durando hasta julio de 1611 la expulsión de los últimos restos de aquella odiada raza, muchas de cuyas familias se habían convertido hacia siglos al cristianismo. Según cálculos exactos, España perdió con esta medida medio millón de sus mas aplicados, laboriosos y útiles habitantes.

Las tristes consecuencias que los hombres prudentes habían ya previsto que la expulsión había de producir en el bienestar de cada uno y de todo el pueblo, se realizaron por

(2) En la época de que se trata, después de haberse prohibido el árabe, la nueva generación no hablaba mas que castellano, y tanto había olvidado su antigua lengua, que no dejaron muchos escritos castellanos en letra arábiga.  
(N. del T.)

completo. Casi toda la elaboración de tejidos de lana, que se hallaba en Toledo, representada por cincuenta fábricas, se trasladó con los moriscos á Túnez, quedando solo trece en aquella ciudad, y muchas industrias que los moriscos habían enseñado, desaparecieron con ellos. La exportación de productos españoles á la América, que había alcanzado la cifra de 27,500 toneladas, quedó reducida á 15,000, es decir, casi á la mitad (1). Muchas poblaciones, antes muy pobladas, quedaron poco menos que sin habitantes y cayeron en rui-

nas. Las comarcas pedregosas, agrestes y faltas de agua, que solo por la incansable actividad de los moriscos habían sido objeto de cultivo, se vieron convertidas en páramos y desiertos. La fabricación de seda quedó por completo paralizada, y en las provincias de la corona de Aragón, que era donde principalmente habitaban los moriscos, hubo tal crisis monetaria que los bancos de Barcelona y de Valencia, hasta entonces tan florecientes, no pudieron hacer frente á sus compromisos. También se notó una disminución en la po-



Fuegos artificiales disparados en Amberes con motivo de la entrada de los archiducos Alberto é Isabel. Facsimile de un grabado en cobre, hecho en Amberes en 1595

blación cristiano-vieja. España, igualmente pobre en hombres, en industria y en dinero, no pudo ya pretender que se la colocara entre las potencias de primer orden, y algunos historiadores de aquel tiempo habían ya previsto este resultado.

En los Países Bajos, los sucesos tomaron un sesgo muy poco favorable para los españoles (2).

El ejército español tenía un excelente caudillo en el marqués Ambrosio Espinola, genovés inmensamente rico, que utilizaba sus riquezas para satisfacer su ambición y sus aficiones guerreras. A manera de *condottiere* del siglo xv reclu-

tó, de su bolsillo particular y para el servicio de España, 8,000 hombres, con los cuales se dirigió á los Países Bajos, recibiendo al poco tiempo, en recompensa, el supremo mando del ejército de Flandes. Contaba entonces treinta y cuatro años y no había servido nunca á la milicia, pero la naturaleza le había hecho general, como á Federico II y á Napoleon. Pronto aventajó en celo, valor, circunspección y habilidad á los ancianos comandantes de los regimientos españoles y walones, oficiales que hacía casi medio siglo que vivían en los campos de batalla; pero todas estas dotes eran necesarias para proteger en cierto modo los intereses del archiduque contra un adversario tan temible como Mauricio de Orange. En julio de 1600, el archiduque Alberto, á pesar de la intrepidez personal de que había dado pruebas durante la batalla, fué completamente derrotado en Nienwport. Sus mejores regimientos italianos, cansados y diezados por las constantes luchas, y sin ver recompensados su valor y los peligros arrostrados, se sublevaron y constituyeron

(1) Ateneo Barcelonés, julio á setiembre de 1879, pág. 76.  
(2) Falta todavía una buena historia del gobierno de Alberto y de Isabel en los Países Bajos, debiéndonos por ahora contentar con la *Historia general de España*, de Lafuente, con la parte cuarta de la *Historia de los Países Bajos Unidos*, de Morley, y con las preciosas, pero fragmentarias observaciones de Potvin, en su *Alberto é Isabel* (primera y única parte, París y Bruselas, 1861).



ron en la pequeña fortaleza de Hoogéstraten una verdadera república que pronto se entregó, juntamente con la ciudad, al príncipe Mauricio. Cuando Espínola en 1603 se hizo cargo del mando de las tropas del archiduque, hacia ya dos años que estas se encontraban acampadas delante de Ostende, sin poder apoderarse de esta ciudad, mientras á su retaguardia el príncipe Mauricio se apoderaba de muchas fortalezas importantes poseídas hasta entonces por los españoles. Con Espínola tuvo un gran refuerzo el sitio de Ostende, que era entonces considerado como una alta escuela del arte de la guerra y al cual había acudido la nobleza joven de toda Europa, alistándose en uno ó en otro bando. Por fin, en 20 de setiembre de 1604, capituló Ostende, pero la toma de aquel monton de ruinas no tuvo mas valor que el privar á las Provincias Unidas de su última posesion en las costas flamencas. Espínola obtuvo otros triunfos en los combates y en los sitios, pero las ventajas que este experto general alcanzaba por un lado, no compensaban los perjuicios que las escuadras holandesas causaban por mar y en las colonias á los españoles. En efecto, las escuadras españolas, á pesar de su superioridad en número y tripulaciones, eran destruidas por los hábiles y expertos holandeses; los portugueses se vieron obligados á abandonar las Molucas, preciosas islas que pasaron á poder de las Provincias Unidas. Los buques holandeses surcaban todos los mares; su flota mercante contaba mas de tres mil buques de gran porte con mas de 40,000 tripulantes (1), y al fin, el estado interior de los Países Bajos sumisos, obligó al archiduque y á su esposa, á negociar un tratado de paz.

La independencia, pomposamente anunciada, de los Países Bajos meridionales bajo el gobierno de los «archiduques» era una mera apariencia de tal. Alberto é Isabel, que con gran descontento de las provincias sometidas se presentaban como españoles, vestían á la española, usaban el ceremonial de la corte de España y hablaban con preferencia el español (2), dependían, también, en todas las cuestiones políticas y militares de importancia, de los acuerdos y órdenes de Madrid. Sin embargo, la administracion interior les estaba exclusivamente confiada, y aunque no eran las personas mas á propósito para remediar los grandes males que á las provincias belgas habían causado las persecuciones religiosas, las sublevaciones, luchas y batallas ocurridas durante cuarenta años y la superioridad de la escuadra holandesa, todavía es indudable que Alberto é Isabel estaban animados de los mejores intentos, que eran bondadosos y celosos de su deber, que llevaban una vida ejemplar y que el archiduque no carecía de valor y de cierta habilidad militar. Pero ambos eran de inteligencia limitada, estaban dominados por la arrogancia y obstinacion españolas, no conocían las necesidades de los pueblos ni las exigencias de la prudencia política, y además, caracterizábanles una devoción fanática y un celo religioso que les hacía olvidar toda consideracion al interés público y toda compasion para con sus semejantes. Su corte hubiera parecido un convento si no se hubiese rodeado de gran pompa. En una época en que sus bravos soldados perecían delante de Ostende, los que no víctimas de las balas enemigas, víctimas del hambre y de la desnudez, y en que los italianos, á quienes no se daban sus pagas, se sublevaban, gastaban los archiduques, para el sosten de su corte, dos mil florines de oro diarios, sin dejar por ello de asistir á ninguna misa, á ninguna solemnidad religiosa, á ninguna procesion de la capital, y no les faltaba el dinero necesario para fundar trescientas iglesias

(1) *Relacion de Nic. Molin* (1607), pág. 73.

(2) *Lafuente: Historia general de España*, XV, 314.

de toda clase é innumerables conventos y para colmar á unos y á otras de bienes y de rentas que se elevaban á muchos miles de florines de oro. En tres dias destinaron diez y seis mil florines de oro á estos objetos, liberalidades que no cesaron ni aun en una época en que á causa de la falta de dinero, se discutía si debía ó no continuarse el sitio de Ostende. Sobre el oprimido y empobrecido pueblo se hicieron pesar contribuciones especiales destinadas á objetos religiosos. Los jesuitas, que estaban particularmente protegidos, poseían veinticinco casas y trescientos colegios en las provincias belgas. Las principales familias se esforzaban por seguir el ejemplo del soberano; así es que los bienes de la mano muerta tomaron tal incremento que los Estados generales de los Países Bajos meridionales, el rey de España y el mismo Papa, llegaron á sentir verdadero temor y prohibieron la continuacion de este abuso. La Iglesia poseía mas de la mitad de los bienes inmuebles del país.

Ya se comprenderá que bajo el régimen de tales soberanos y con el extraordinario número de jesuitas y frailes que había de toda clase, llegarían al máximo la persecucion religiosa y la supersticion popular. La creencia en brujería, en la obra del diablo y de los demonios y en el sábado de las brujas, era general y causaba muchas víctimas. A la menor sospecha, eran sometidas al tormento los infelices, en su mayor parte mujeres, jóvenes y viejas, hasta que la tortura les arrancaba una confesion, siendo luego quemadas sin compasion alguna (3). Muchas mujeres locas ó histéricas se consideraban á sí mismas culpables y con su confesion voluntaria y expresa fortalecían el error de la generalidad. No se tenía conmiseracion ni con los niños de catorce ó quince años ni con los ancianos de noventa y cinco ó de ciento (4).

En las provincias belgas, predominaban entonces la supersticion, la ignorancia y el desórden intelectual, que subsistieron por espacio de dos siglos y que todavía actualmente no están del todo desarraigados.

El estado material del país era también deplorable; cuando un número considerable de campos permanecían incultos porque los impuestos eran tan excesivos que la agricultura no producía beneficio alguno, los Estados generales se veían, en 1600, obligados á votar 300,000 florines mensuales para la continuacion de la guerra. Sin embargo, á pesar de que el rey de España enviaba anualmente á los Países Bajos tres millones de ducados, y á pesar de que Espínola perdía en aquellos territorios toda su considerable hacienda de catorce millones de escudos de oro, siempre se carecía de dinero. El crédito del gobierno belga estaba tan por el suelo que los capitalistas no se mostraban dispuestos á hacer anticipos, á pesar de las grandes ventajas que se les ofrecían. Otra vez se encontraron los soldados sin percibir durante largos meses sus pagas, á consecuencia de lo cual, en el otoño de 1606, estalló una sublevacion entre la mayor parte de las tropas flamencas que estuvo á punto de dejar indefensas contra sus enemigos á las provincias obedientes. El Norte de Brabante y de la Flandes, comarcas en otros tiempos florecientes, se había convertido en verdadero páramo, por efecto de los excesos de ambos ejércitos. En todas las provincias sumisas de los Países Bajos, la agricultura estaba completamente abandonada y el comercio en grande escala se veía destruido por los buques corsarios y de guerra holandeses. Las costas flamencas, especialmente Amberes, en donde se encontraban de antiguo buques y comerciantes de toda Europa, estaban

(3) Esto, como el autor ha dicho también en otra parte, no sucedía solo en España y en los Países Bajos: sucedía en toda Europa, era enfermedad de la época. (N. del T.)

(4) En Francia ni con los animales, porque hubo ejemplos de quemar gallos por brujos. (N. del T.)



La archiduquesa Isabel (cuadro de P. P. Rubens, existente en el Museo de Pinturas de Madrid)